

# ANTONIO PEREIRA «Las peras de Dios»

ANTONIO PEREIRA (1923) nació en Villafranca del Bierzo.

Cinco libros de poesía: «El regreso», «Del monte y los caminos», «Cancionero de Sagres», «Dibujo de figura» y «Contar y seguir».

Tres títulos de novela: «Un sitio para soledad», «La costa de los fuegos tardíos» y «País de las Losadas».

Varios libros de narrativa breve, lo configuran como uno de los escritores leoneses de más fecunda vocación literaria.

De su libro «Los brazos de la I Griega» reproducimos su ya famosa narración «LAS PERAS DE DIOS».

Yo sé lo que al final va a pasar, siempre que vengo a verte.

-¿Sí?

-Pero quisiera confesarte algo.

-Sí.

-Me gusta el protocolo de tu casa. Pienso que a cierta edad... -titubeó el hombre-, quiero decir, la mía, al amor le vienen bien los adornos.

En cuanto a aquella primera noche... El mozo de comedor se había parado a mi lado y me ofrecía la fruta, antes de que estallase, no sé si lo recuerdas, la iluminación un poco fantasmagórica del dulce flameado al ron. La cesta estaba esperándome con su ligera pendiente de frutas surtidas y yo descuidé la elección tomando con indiferencia la más próxima. Al instante me quedé pálido. Cuando todos nos hubimos servido, tú el pequeño racimo de uvas que llegaban hasta tu boca roja y fresca con prontitud, con gracia, nadie sino yo había caído en la ocurrencia de servirse una pera... A mí me había parecido una intervención cruel, como uno de esos cambios quirúrgicos de sexo, la operación decretada por la abuela en nuestro país de Arganza, transformar los membrillos en una población de perales. Es verdad que la tierra de todo aquel lado era rica en fertilizantes, como además los injertos habían venido de las mejores

familias y las podas se hacían bajo la mirada de la propietaria, a nadie debería haberle extrañado el suceso de aquel verano. Pero cómo había podido ocurrir que yo me olvidase del verano de las peras.

Entonces me miraste muy fugazmente. Sobre el tamaño excesivo y una cierta irregularidad de la pieza se demoraban con perplejidad el tenedor y el cuchillo, grabados con tu escudo, con vuestro escudo. Pero tú no podías saber la de años que yo llevaba sin comer una pera... Por fin en la casa de los abuelos iba a hacerse algo rentable. Después del litigio de las colmenas, de las minas de carbón en Fabero; terminados los trámites y los edictos inocultables de la quiebra de la fábrica de cemento. La propia edificación familiar se resentía con las filtraciones de agua y otras decadencias, pero mis ojos de entonces sólo veían un cúmulo de grandezas, la casa de Arganza... Ahora iba a ser la riqueza al por mayor de la peraleda, los disciplinados árboles que la abuela bajaba a revistar mañana y tarde, más apagado cada fruto por el lado de la sombra, con indicios prometedores en la cara del sol. Había que acertar con el momento para la recolección. Una decisión que sólo podía corresponder a la abuela Társila. Ni siquiera Pedro, el hombre de la huerta, porque una cosa era la huerta de antes que más parecía un jardín y otra cosa la explotación comercial. Y mucho menos el abuelo Criso.

Una mañana cálida en que ni siquiera se había notado rocío, la abuela arrancó la unidad primera de la cosecha, en un gesto que empezaron a seguir una cuadrilla de temporeras. También los chicos, mis hermanos y yo con los primos de Camponaraya nos pusimos a la tarea. Las arrancábamos con su rabillo, y parecía increíble que fueran tan sensibles que un pequeño golpe las manchase con un cardenal, una especie de estigma que acaso les quedaría para siempre. Luego las colocábamos en el sitio más seco del almacén, allí se quedaban para que les diera el aire, o sea la corriente de aire. Justo el peligro que más temía para su salud el abuelo Criso, no la abuela Társila que siempre dijo que lo de estar entre corrientes son gaitas. El abuelo, cada vez más menudo, jamás se ocupaba de las empresas prácticas. El pasaba las horas en su especie de torre haciendo cosas con sus papeles y sus pájaros que nadie sabía exactamente qué cosas eran, salvo cuando tocaba el violín, que hasta los gatos sabían que eran las czardas de Monti... En fin, pronto se cayó en que la recogida hubiera debido hacerse unos días antes, en el momento mismo en que empieza el cambio de color, para que el fruto separado madure de por sí y resista para la venta. «Y ahora el colmo- la abuela arrojó el periódico-, los del Ministerio que van a traer las peras del extranjero. 10.000 toneladas de peras para que los otros nos compren zapatos.»

No era fácil el asunto. Pero el orgullo de la abuela lo convirtió en imposible. Mejor regalarlas, decidió sin esperar a razones, sólo que las Hermanitas de los Ancianos en la ciudad rechazaron la donación porque no se les entregaban a portes

pagados y la abuela Társila redobló su desdén y dijo que mejor comerlas. Por la mañana, en el desayuno, hubo una «indicación» sobre la costumbre de empezar el día con fruta, propia de las naciones más adelantadas. El primo Carlos lo corroboró, y con aquella unción un poco cínica, bendijo la fuente donde alternaban escasas manzanas con un puñado de aceros y una colección generosa de «lo de casa». A mí la experiencia me resultó agradable, y sólo sentí que a los dos o tres días desaparecieran las otras variedades para dejar en solitario a las peras. Menos mal que las peras- la abuela lo leía en voz alta- «contienen sales minerales muy buenas y hasta proteínas (un poco más si son peras de San Juan), además de ser diuréticas y refrescantes para el organismo...» Vivíamos la aventura del verano. Y una vez más, éramos muchos a vivirla, después de haber ido distribuyéndonos por las alcobas innumerables según el reparto variable que imponía la autoridad de la casa. Pero también eran muchas las peras. La mermelada de pera está bien con el pan tostado. Se terminaba pronto el pan tostado, y a que tú no hubieras podido imaginar que la mermelada de pera puede extenderse sobre un trozo mondadito y natural de pera... La abuela decidió que era una guerra suya. Se hizo traer libros, incluso franceses, porque ella se educó con las Esclavas en Valladolid. Y ya no fue sólo el desayuno. Las peras al gratén aparecieron como sustitutas del pescado o la carne en la comida del mediodía y en la cena. También hay peras a la Colbert, parece mentira que sean peras rebozadas, empanadas y fritas. Y timbal de peras. Y arroz, pero poco arroz, con peras, pero muchas peras...

Sucedió, entonces, que las peras empezaron a ser más que peras. Sucedió el verano de los senos, ya no sé si éstos eran un símbolo de las peras o las peras una metáfora de los senos. «Las blanquillas son un fruto deleitoso», ¡figúrate!, «algo alargado y con la piel muy suave y perfumada alrededor del pezón». «La mantecosa francesa es en disminución hacia el pezón y allí se termina en punta», no así el pezón de la mantecosa dorada que es «grueso y protuberante»... Yo no creo que muchos adolescentes en el mundo se hayan escondido con la literatura y las ilustraciones de unos viveros entre las manos pecadoras. Y era imposible tropezarse con una mujer sin entrar en equivalencias. A las primas no les dejaban ningún escote. Yo había calculado por mi cuenta que deben ser muy hermosos los pechos de las primas temblando en los desvanes, pero el primo Carlos aleccionó que nunca puede adivinarse cómo los tienen y que mejor aún que la realidad era la duda. Hay unas de Donguindo en tronco de cono, y ahora entre comillas: «con el pezón graciosamente salido», justo como la profesorita que venía de ayuda para los suspensos en junio cuando le enchufábamos muy de cerca el ventilador sin que ella se maliciase de nada. Pero la Gran Duquesa de invierno. La Gran Duquesa de invierno a una doble página del catálogo era muy ofrecida por su fruto voluminoso. El pezón de la Gran Duquesa bajo palabra de los viveros de Aranjuez, con medalla en varias exposiciones, es «delicadamente moreno».

«¿Y para confesarse?» le preguntábamos a Carlos.

«Exorna, Dilecte mi, virtutum floribus animam meam».

O sea, es lo que entendimos, que igual que imaginar un jardín o un paisaje muy bello. Yo no sé a dónde nos hubiera llevado aquella obsesión, si no hubiera sobrevenido lo del abuelo Criso. Entonces fue cuando desaparecieron. Quizá fueron arrojadas al desperdicio, quemadas, yo no lo sé. O acaso el suceso ocurrió cuando justamente habíamos alcanzado a comerlas todas... Lo del abuelo Criso no se lo esperaba nadie. La abuela creía conocerlo bien: sin perjuicio de las dos comidas principales (con peras) que el abuelo hacía todavía en el comedor, al propio escritorio abuhardillado le mandaba para entre horas su compotita de peras. Como que ahí le iba al solitario el halago del vino tinto, y la canela. Pero son terribles los tímidos, cuando se destapan:

«¡Las peras de Dios!», gritó a media mañana como un loco, desde el descansillo de la escalera junto a su puerta.

Y esta primera vez que gritaba en su vida llevó su voz retumbando a toda a casa, plantó como estatuas de sal a todos sus habitantes que no nos atrevíamos a movernos, hasta que la abuela Társila marchó a encerrarse con unos pasitos mudos y envejecidos de repente, y a encender la vela del Jueves Santo. Luego cogió -el abuelo- el violín y un envoltorio pequeño y se marchó de casa con un portazo, hasta que lo sacaron del fondo de la reguera todo empapado y tiritando... Al primo Carlos se le vio crecer, como crecía el médico del pueblo cuando había que llamarlo para las diarreas o el electricista si nos quedábamos sin luz. Era el nieto predilecto, cuando aún no lo habían expulsado de Comillas, y pudo tranquilizar a la abuela con que dejando aparte el tono enfadado, la frase del abuelo no era blasfema y hasta podría decirse un reconocimiento de la munificencia divina. El mismo repitió despacio las palabras, y es verdad que en sus labios parecían una jaculatoria. La abuela le pidió que aun así no las repitiera. «Digamos que todo lo más la irreverencia del nombre del Señor pronunciado en vano concluyó Carlos-, y en un arrebató del abuelo», en resumen nunca llegó a aclararse por qué aquel día se las habían puesto con leche en lugar de con vino.

Tantos años después, el sabor de la pulpa suave que en cada gajo me despertaba sensaciones antiguas: con mis ojos busqué tu vestido, era un traje de noche color violeta intenso que te caía muy suelto desde los hombros, despegado y ajeno a ti misma, incluso cuando la llama del flameado al ron se te acercó demasiado e hiciste un movimiento que aceché vanamente. Entonces me puse a ajustarte la seda al cuerpo, a quitarle la amplitud antipática. Era un juego mental que no me impedía seguir la conversación entonada, hasta que me despedí, sabiendo que necesitaba volver a verte. Con un jersey muy apretado y fino... También las blusas dóciles de terciopelo negro, las de muselina que dejan transparentar el bordado de adentro. Y

encontrarte por ejemplo en el descuido del parque con la espalda al aire, como una estatua de mármol, pero ese truco de los dos triángulos cruzados por delante, imaginar estas cosas tuyas tan ricas bajo un camisero creo que es, de tela lisa sin estampados que lo distraigan a uno...

-¿Y así?- detuvo ella- ¿También me imaginabas así?

-No, desnuda del todo no te había pensado nunca.

